

CHILE-AMERICA: UN SALTO EN EL VACIO

Por Esteban Tomic

Corrían los primeros meses de 1974. A Roma llegaban, por centenares, los exiliados chilenos. El gobierno italiano había dispuesto que se los alojara en el Motel Agip (equivalente a la Copec chilena), ubicado muy cerca del aeropuerto.

Las noticias de Chile se reproducían diariamente en la prensa escrita y en la televisión italianas.

En plena Guerra Fría, Italia, gobernada alternativamente, o en coalición, por la Democracia Cristiana y los socialistas, tenía el Partido Comunista más fuerte y mejor organizado de Europa Occidental. Los líderes de éste último, entre los que se contaban los hermanos Enrico y Giovanni Berlinguer, Giancarlo Pagetta y varios más, eran personajes de alto vuelo intelectual que estaban perfectamente preparados para asumir el gobierno si obtenían mayoría en las urnas.

Esa mayoría, que ya le daba al Partido Comunista el gobierno de varias Regiones italianas, podía reflejarse en cualquier momento a nivel de las elecciones nacionales. Los presupuestos parecían estar dados: el PCI le había ofrecido a la alianza gobernante el llamado “Compromiso Histórico”, que pretendía sacar lecciones de la fracasada experiencia de la Unidad Popular chilena. La primera gran lección era que no se pueden emprender cambios políticos de envergadura, sin el apoyo de una mayoría sustancial de los ciudadanos. En una democracia burguesa, como la italiana o la chilena, ello exigía crear alianzas que cubrieran un amplio espectro del cuadro político.

Los chilenos que llegábamos a Italia en busca de un lugar donde rehacer nuestras vidas, éramos un vivo ejemplo de la consecuencia de lo que no había que hacer, si

se quería evitar una catástrofe como la ocurrida en nuestro país. La abigarrada presencia en la periferia de Roma de decenas de familias chilenas recién llegadas, no hacía, por tanto, sino comprobar cuán acertada era la tesis del PCI.

El gran obstáculo para que en Italia prosperara el “Compromiso Histórico” era la oposición de los Estados Unidos, cuyo Secretario de Estado, Henry Kissinger, había anunciado al mundo que su país “no estaba dispuesto a servirse un plato de spaghetti con salsa chilena”.

Yo había llegado a Roma en octubre de 1973 con María Gracia, mi mujer, y mi hijo de tres meses, procedente de Bonn, Alemania Federal, luego de haber sido destituido de mi cargo diplomático por la Junta Militar, el 19 de septiembre, ocho días después del golpe.

Bernardo Leighton y Anita llegaron un poco más tarde, en febrero de 1974, en un exilio voluntario, pues Bernardo se auto impuso la misión “de contar la verdad de lo ocurrido en Chile” a la Democracia Cristiana europea, y muy especialmente a la italiana. A él le pesaba en la conciencia el haber votado favorablemente la resolución de la Cámara de Diputados, que fue interpretada como una declaración de inconstitucionalidad del gobierno de Allende, y que sirvió posteriormente de pretexto a las Fuerzas Armadas para dar el golpe.

Leighton se aplicó a sí mismo la medicina consistente en “llegar hasta las últimas consecuencias de la inconsecuencia”, que él consideraba una regla de oro, tanto en política como en otras circunstancias de la vida. Su cruzada tenía mucho de un proceso personal, doloroso y a la vez liberador. Nadie podía adivinar en ese momento que este via crucis terminaría, para él y su mujer, en el Gólgota.

Julio Silva Solar y Gloria, su mujer, y dos niños, y José Antonio Viera Gallo y Te, su mujer, y una niña, habían llegado a Roma poco antes que los Leighton. Se habían refugiado en la Nunciatura Apostólica poco después del golpe, y al cabo de algún tiempo fueron expulsados del país por la dictadura. Italia sería para ellos el país donde cumplirían su pena de exilio.

Si observo a esas cuatro familias a casi cuarenta años de distancia, lo primero que veo es una cierta afinidad básica. Todos pertenecíamos al mismo estrato social, y por consiguiente nos conocíamos. Todos teníamos alguna relación con la Democracia Cristiana chilena. Bernardo Leighton y yo, porque militábamos en ella. José Antonio (Mapu) y Julio (Izquierda Cristiana), porque sus respectivos partidos se formaron como escisiones de la DC chilena, el Mapu en 1969 y la IC en 1971.

Todos habíamos vivido también muy de cerca la experiencia de la Unidad Popular. Bernardo Leighton y Julio Silva habían sido elegidos diputados en marzo de 1973, José Antonio había ocupado la Subsecretaría de Justicia y yo había sido nombrado, en enero de 1971, Ministro Consejero de la Embajada de Chile en Alemania Federal con el específica misión de procurar que Alemania Federal no rompiera las relaciones diplomáticas con Chile, cuando éste le otorgara el reconocimiento diplomático a la República Democrática Alemana, lo que invariablemente ocurría hasta entonces, en cumplimiento de la llamada “Doctrina Hallstein”.

Nada de extraño, pues, que a poco de llegar y de tener resueltos los problemas básicos, como encontrar trabajo, alojamiento y colegio para los niños, nos hayamos reunido para deliberar acerca de qué podíamos hacer para retomar la lucha política, ahora desde el exilio y a doce mil kilómetros de distancia de Chile.

Contábamos con la simpatía de los más variados ambientes en Italia. Desde luego, con la de muchos políticos de diferentes partidos. Pero también con organizaciones vinculadas a la Iglesia Católica, al mundo sindical, a los medios de comunicación, a las Universidades. No faltaron las muestras de solidaridad de empresarios italianos, algunos de ellos muy conocidos como fue el caso de Pino y Marcella Glisenti, que administraba la librería Paesi Nuovi en la Plaza de Montecitorio, y de Marina Bulgari, miembro de la familia de joyeros, que facilitaba su residencia ubicada en la Torre del Griglio, en pleno Foro Trajano, como lugar de alojamiento y reuniones.

Contábamos, también, con la enorme ola de solidaridad que produjo la caída de Allende en Europa Occidental.

Pero, más que nada, contábamos con nuestra resolución a no darnos por vencidos, a asumir la causa de la recuperación de la democracia en nuestro país más allá de lo que nos dijera la razón, más allá, incluso, de lo que nos pudiera decir la esperanza.

Un día, a mediados de 1974 nos juntamos, lo recuerdo bien, Bernardo Leighton, Julio Silva, José Antonio Viera Gallo, Eugenio Llona y Fernando Murillo en una oficina ubicada en Via Cesare Balbo y resolvimos crear una publicación de exiliados chilenos capaz de representar a la más amplia gama de ellos.

En mi Diario de entonces figura la siguiente entrada: **“Jueves 25 de julio. Con Julio Silva, Viera- Gallo y Leighton hemos organizado un Centro de Estudios y Documentación que hemos titulado “Chile- América”. Es otra buena iniciativa que puede dar excelentes frutos”.**

Del entonces diputado dc italiano, Gilberto Bonalumi, habíamos recibido la promesa de ayudarnos financieramente con 500.000 Lit., que equivalían más o menos a 1.000 dólares.

Es probable que Franco Giornelli, el secretario de Bonalumi, haya tomado parte también de esa reunión de vía Panisperna.

Alguno de nosotros, o el propio Giornelli, obtuvo el dato de la tipografía Leberit, que estaba dispuesta a imprimir el primer número al fiado, con lo que sólo restaba distribuir los temas y sentarse a escribir. De hecho, la ayuda prometida nunca se materializó. Ante eso, decidimos dar el salto en el vacío: la publicación se haría aunque no hubiera recursos.

El domingo 11 de agosto escribí en mi Diario: **“he vuelto a ver a Leighton, Julio Silva y Viera- Gallo. Conversaciones interesantes. Sigue adelante nuestro proyecto del Centro Chile-América, aunque con dificultades financieras, porque los italianos parece que no cuentan con medios para ayudar. Pero saldremos adelante. Esta es una iniciativa muy importante.”**

En septiembre de 1974 apareció el primer número de “Chile-América”. Son apenas 20 páginas. En ellas destaca el artículo que expone la “Posición y Propósitos” del mismo.

Junto a un recuadro que consigna los nombres de los cuatro miembros del Comité Editor (Leighton, Silva, Tomic y Viera- Gallo) y el Director Responsable, nuestro buen y leal amigo Giovanni Spinelli, Secretario de la Agencia de Noticias del Tercer Mundo, IPS, se lee un extenso balance del primer año de la dictadura, que termina con la siguiente declaración:

“Ante esta situación nos ha parecido indispensable canalizar la voz de los cristianos que, en diversas tiendas políticas o independientemente, luchan por el restablecimiento de la democracia y la libertad en Chile. El grupo inicial de Chile-América está compuesto por personas que militan en los partidos de la izquierda chilena y personas que perteneciendo a la Democracia Cristiana, condenaron desde el primer momento la intervención militar y la dictadura. Chile-América quiere hacer llegar esta voz unitaria al mayor número de personas, dentro y fuera de Chile, a fin de que no se adormezca la conciencia democrática. No queremos ser una voz excluyente. Muy por el contrario, pensamos que este es el momento de sumar el mayor número de fuerzas.

No es esta sólo una necesidad política. Es también una exigencia de coherencia y consecuencia éticas. La defensa de los derechos humanos, del nivel de vida de los trabajadores, de la independencia nacional y de las libertades públicas es una tarea ineludible de todo demócrata.

En Chile se desarrolla un drama que, por mucho, sobrepasa los límites de sus fronteras.

En el campo internacional hay tareas impostergables de solidaridad con la lucha del pueblo chileno contra la dictadura.

En el convencimiento de que “más temprano que tarde se abrirán las alamedas para que pase el hombre libre y construya una sociedad mejor”, según lo dijera el Presidente Allende poco antes de morir, entregamos este mensaje de convicción democrática y de esperanza libertaria”.

Estábamos concientes que la mezcla que representábamos- dos democratacristianos y dos militantes de la UP de origen cristiano- causaría escándalo a diestra y siniestra.

A diestra, porque la mayoría de la Democracia Cristiana había apoyado en Chile el golpe militar y veía con alivio que se alejaba el peligro de una segunda Cuba. Este es un hecho que a estas alturas pocos discuten.

A siniestra, porque en los tres años que duró el gobierno de Salvador Allende las posiciones se fueron volviendo extremas, y, después del golpe, los partidos de la Unidad Popular y también el MIR y la ultra izquierda, acusaron a la Democracia Cristiana de haber sido la fuerza política que articuló el conjunto de acciones internas y externas, que con ayuda de la CIA, condujeron al derrocamiento de Allende.

Efectivamente, la publicación de Chile-América desató el escándalo. Yo recibí a los pocos meses de iniciada la experiencia, una carta de Rafael Moreno, a la sazón Secretario General del PDC, ordenándome que dejara de pertenecer al Consejo Editorial. Nunca respondí esa carta, porque no cabía otra respuesta que negarme a cumplir esa orden, lo cual habría significado probablemente mi expulsión del Partido.

Cuando Bernardo Leighton me instaba a responderla, yo le decía: “don Bernardo, y si me expulsan, ¿Ud. solidarizará conmigo?” ¡”Por cierto!”

Preferí no responder la carta justamente para evitar que tanto Bernardo, como mi padre y Gabriel Valdés, mi suegro, se viesan en la necesidad de solidarizar conmigo, por las imprevisibles consecuencias que ello podría traer. Algunos años más tarde, me encontré con Rafael Moreno en Caracas, quien me preguntó si había

recibido la carta. Le respondí que sí y le expliqué por qué no la había contestado. Aquello terminó con un buen apretón de manos. Los tiempos habían cambiado : las posiciones dentro de nuestro partido, por obra de la dictadura, se habían acercado.

Julio Silva y José Antonio podrán contar qué experiencias de rechazo vivieron desde el otro lado del espectro.

Yo puedo agregar que Leighton no lo pasó bien. Las cartas que intercambié con Eduardo Frei después del golpe de estado son públicas. Lo que se sabe menos es que durante mucho tiempo no se hablaron. Frei pasaba por Roma y no lo llamaba. Pero Frei, tal vez sin presentirlo, estaba destinado a jugar, pocos años más tarde, un rol central en la lucha contra la dictadura. Ese rol le costó la vida, como casi le costó la vida a Leighton, quien fue víctima de un atentado, junto con Anita, en la Via Aurelia Nuova de Roma, el 6 de octubre de 1975.

El sacrificio de ambos líderes, que no vacilaron en asumir la responsabilidad de tales en dos momentos diferentes, priva de toda significación a los desacuerdos que hubiesen podido tener inicialmente.

Se cumplió en nuestro caso la profecía de Martí: “las dictaduras fomentan las virtudes que las destruyen”.

Vuelvo a la revista:

El número de páginas de cada edición se mantuvo inicialmente alrededor de las 25, pero ya a fines de 1974 bordeaban las 60 y a partir de 1975 el grosor de cada número simplemente se disparó, superando normalmente las 150 páginas y llegando en una ocasión a contener 278 páginas. En sus nueve años de existencia, Chile-América publicó 7.116 páginas. ¡Un trabajo inmenso, que equivale a haber escrito dos páginas diarias!

Producir la revista se transformó en una tarea exigente y compleja. Su Director, durante los primeros años, fue Julio Silva Solar, a quien estoy viendo en su mesa de trabajo frente a la máquina de escribir, concentrado en preparar la siguiente edición. A él le dediqué, aunque sin nombrarlo, un breve poema que escribí en 1976, que reza como sigue:

El Ejemplo

Anónimamente solo,
Silencioso,
Perseverante,
Ese chileno me enseña
Cómo se ama la Patria

José Antonio contribuía con su pluma, su inteligencia y sus contactos con el mundo católico. También se hacía cargo de llevar los sacos que contenían los ejemplares que se enviaban por correo al aeropuerto de Fiumicino, pues despachar desde ahí salía más barato que hacerlo en la ciudad.

Bernardo Leighton era la figura central de Chile-América. Contábamos con su plena confianza. No recuerdo que alguna vez se haya producido un roce, o una discusión. Tomaba parte religiosamente en las reuniones de redacción, que a medida que la revista se iba haciendo más gruesa requerían de una frecuencia mayor. Contaba con buenos amigos dentro de la DC italiana, como los diputados Granelli y Bonalumi, o Angelo Bernassola, secretario de la Unión Mundial Demócrata Cristiana que tenía su sede en un palacio de la Via del Plebiscito.

De mí puedo decir que tenía conciencia de que estábamos haciendo historia y tomé la posibilidad que se me ofrecía de integrar el Comité Editor de la revista como un regalo del cielo. No obstante nuestro reducido número, nuestra condición de exiliados, nuestra falta de recursos económicos, una voz interior me decía que estábamos embarcados en algo grande.

La conjunción de fuerzas políticas que los cuatro miembros del Comité Editor representábamos rompía esquemas y, por lo mismo, podía contribuir potencialmente a la lucha por la recuperación de la democracia que recién se iniciaba.

Acompañar a Bernardo Leighton en esta aventura, me hacía vivirla con redoblada intensidad.

Pero no debo seguir adelante sin mencionar a un quinto miembro del equipo, el periodista Fernando Murillo Viaña, de larga trayectoria anterior, según tengo entendido durante algún tiempo militante comunista, quien, con una dedicación total y una capacidad profesional de excelencia, se hizo cargo, además de las tareas propias de sacar a la luz la revista, del Centro de Documentación Chile-América que, con el curso de los años se transformó en una preciosa fuente de información para todo aquel que quisiera informarse sobre la realidad chilena.

Algunos años más tarde, se sumaron a las labores del pequeño grupo inicial Benjamín Teplisky y Fernando Bachelet.